

HARO TEGLEN

HUMPHREY Y ROCKEFELLER EN LA RONDA ELECTORAL.

Príncipe de la duda, Nelson Rockefeller ha pasado ahora del no al sí; tras una reciente negativa, que seguía de cerca a una afirmación, aparece ahora como aspirante al nombramiento por su partido republicano como candidato a las elecciones presidenciales de los Estados Unidos. Las elecciones primarias de Massachusetts (30 de abril) le han sido favorables y pueden serlo también las de los distritos de Columbia, Indiana y Ohio (7 de mayo). Su etiqueta es la de liberal. Es un millonario «abierto», un administrador eficaz y honesto —gobernador del Estado de Nueva York, goza continuamente del favor de sus heteróclitos súbditos—. Le sostiene el «Eastern Establishment», los republicanos liberales del Este del país, cuya situación estaba hasta ahora oscurecida por los «duros» del Oeste, los republicanos conservadores, que sostenían y sostienen al feroz Nixon. La reaparición de Rockefeller, hombre de paz, frente a Nixon, hombre de guerra, significa que el partido republicano percibe que la corriente del país se inclina claramente hacia la paz y quiere meterse en esa corriente. Teme que le vuelva a pasar una desgracia semejante a la que tuvo con Goldwater en 1964. Nixon, desgraciado toda su vida en las elecciones —aunque haya sido vicepresidente—, sería el peor hombre para esta coyuntura. Rockefeller es una alternativa seria. Sus primeras palabras han sido para sostener una política ya anunciada por Johnson: la retirada del Vietnam, dejando la guerra a cargo de los soldados de Saigón. Esto es, perdiendo la guerra.

Otro liberal, esta vez demócrata, se ha declarado simultáneamente aspirante a la candidatura de su partido: el actual vicepresidente, Hubert Horatio Humphrey. Esta candidatura es un misterio. Para quienes sospechaban que la retirada de Johnson en el momento en que le combatían, dentro de su partido, Eugene McCarthy y Robert Kennedy, podría tener la intención de favorecer a un «tercer hombre» en un momento determinado, hay ahora una respuesta: Humphrey es el «tercer hombre». Se ha convertido en una imagen del Presidente Johnson; ha heredado todo el desprestigio de estos cuatro años de política, peor que mediocre, catastrófica. Probablemente, de una manera injusta. Ha sido un honesto y leal vicepresidente: ha seguido, principalmente en el tema de Vietnam, las directrices de su jefe. Su manera de combatir en esta campaña electoral no puede ser más que una: la continuación de la política actual. Como la política actual de la Casa Blanca tiende, lenta y trabajosamente, hacia el apaciguamiento, Humphrey ofrecerá la misma posición. Pero muchos ven en todo esto una maniobra. Una maniobra de Johnson. Durante los cuatro meses que faltan hasta la convención demócrata —26 de agosto, en Chicago— Humphrey puede predicar por el país una política johnsoniana; si la nueva política johnsoniana se revela eficaz mediante el apaciguamiento, la retirada de tropas —cuyo primer movimiento atrás está previsto para el mes de junio— un posible saneamiento de las finanzas y algunas medidas eficaces en el frente negro, esta política podría llegar triunfante a la convención, más segura que las promesas de otros candidatos. Podría triunfar, entonces, la nueva política johnsoniana. Pero, ¿qué mejor johnsoniano que el propio Johnson? Podría ocurrir que, en ese caso, la convención «llamase» a Johnson, le «rogase» que abandonase su decisión de retirada y continuara la obra emprendida. En el caso de que Humphrey no consiguiera conmover excesivamente, Johnson sostendría su retirada y se iría con ciertos honores —por lo menos, con la dignidad de haber abandonado—. En una palabra, Humphrey sería el agente electoral de Johnson.

¿Es Humphrey hombre que se preste a este juego? Sus biógrafos le describen como una especie de líquido que se adapta al recipiente que le contiene. Un periodista llamado

Robert Sherrill está a punto de publicar un libro sobre Humphrey que deberá titularse «The drugstore liberal»; si no se ha publicado aún es porque, según parece, la editorial ha recibido algunas llamadas telefónicas de la Casa Blanca en las que se incluye un premio para su abstención: la edición de las memorias de Johnson, rica pieza comercial. Una de las divertidas anécdotas que se cuentan en este libro es la de cómo, durante una campaña electoral, Humphrey iba de casa en casa conversando con posibles candidatos influyentes. A cada uno le preguntaba por su religión. «Metodista», le contestó el primero. «Yo también soy metodista», respondió Humphrey. «Baptista», dijo otro, y Humphrey se apresuró a proclamar que también él era baptista; lo mismo hizo con un episcopaliano, con un luterano... Algún le dijo: «¡Cuidado, Hubert! Te van a atrapar en estas mentiras!». Y Humphrey respondió: «¿Mentiras? No, no. Después de todo, yo soy un cristiano, como todos ellos...». (Humphrey es miembro de la iglesia congregacionista). Otra frase sobre Humphrey es la del senador Clark, de Pennsylvania: «Hubert es un jinete extraordinario para montar dos o tres caballos al mismo tiempo».

Por una paradoja de la política, de la historia y de la terrible máquina americana, este hombre surgido de la nada —hijo de un boticario de pueblo—, aplicado durante la mayor parte de su carrera a posiciones de izquierda, al sindicalismo, a la defensa de la seguridad social y de las clases oprimidas, acusado de comunista en los terribles tiempos del estulto y criminoso senador Joseph McCarthy, es ahora la última esperanza de los grupos conservadores del partido demócrata, de las secciones del Sur, que temen la oleada juvenil, «pop», innovadora del senador Kennedy y el izquierdismo intelectual y reflexivo de «Gene» McCarthy. Humphrey va a jugar, sin duda, la carta de la unidad rota del partido. Candidato entrado a última hora, ha dejado que se destrocen mutuamente sus enemigos, Kennedy y McCarthy, en las elecciones primarias. Podría provocar lo que le sería más perjudicial: la unión de estos dos. Una candidatura compartida, con Kennedy para Presidente y Eugene McCarthy para vicepresidente, que sumase los negros, las minorías étnicas, los progresistas, los fascinados por el apellido Kennedy, a las clases medias, los intelectuales, los estudiantes que amparan al honesto y serio profesor McCarthy. Pero en el estado mayor de Kennedy se teme que pudiera ocurrir algo terrible: la unión Humphrey-Eugene McCarthy. Es decir, se sostiene la sospecha de que esta irrupción del vicepresidente no sea más que un acto conservador para contener la campaña de Kennedy, y que el autor de este juego sea, una vez más, Johnson, apoyado por los grupos conservadores y capitalistas que representa.

De estos cinco candidatos esenciales, cuatro aparecen como liberales, uno —Nixon— como conservador. Hay otros nombres agazapados y en espera. La sombra de Johnson, el prefascismo del gobernador Wallace el mormón y variable Romney, el elegante derechista Reagan, el alcalde de Nueva York, Lindsay. Son los «dark horses», en el lenguaje hipico-electoral de los Estados Unidos, los oscuros caballos que pueden aparecer hacia el final y llevarse la carrera presidencial en las convenciones. Todas las combinaciones, todas las maniobras, todos los juegos, las contradicciones, las falsas retiradas, las apariciones en tromba, son posibles; todo es, por ahora, imprevisible. Pero con los datos de este mismo momento, sin hipotecar los que puedan aparecer en el futuro, la batalla aparece entre Rockefeller, republicano, y Kennedy, demócrata. Una opción ambigua para los electores: los dos representan un liberalismo. Los dos son millonarios, los dos son excelentes políticos, los dos son partidarios de abandonar al Vietnam, los dos son contrarios a regresar al aislacionismo americano. Kennedy tiene en contra que representa un partido desgastado en el poder, pero él mismo es una promesa de renovación de ese partido. Rockefeller tiene en contra que es el representante de un partido conservador y belicista, pero justamente trata de reconvertir ese partido.